

bir el honor, la virtud, la gloria, la  
divinidad y la accion de gracias,  
por los siglos de los siglos. Amen.

DIXE.

SERMON  
DE LA PASION  
DE JESU CHRISTO,

PREDICADO

EN EL CONVENTO DE S. ANTONIO ABAD  
de Granada. Año 1771.

*Ecce Homo. Joann. 19.*

**H**ora es esta, rebaño escogido  
del mejor Pastor Jesu Christo, mas  
á propósito para llorar, que para  
predicar: en ella debian enmudecer  
los labios, y explicarse únicamente  
los ojos y el corazon. Porque en efec-  
to, señores, ¿qué eloqüencia humana  
ó angélica será capaz de ponderar  
un asunto que ha sido y será siem-  
pre la admiracion de todos los siglos?  
ó ¿quién podrá dignamente tratar de

un suceso, donde no se sabe qué cosa es mas digna de admirar, si la envidia de los Fariseos, si la perfidia del traidor discípulo, si la crueldad de los ministros, si la falsa política de los Magistrados, si el amor de Jesu Christo á los hombres, si la ingratitude de estos, si la severidad del Padre Celestial, y el rigor de su justicia, si el poder de las tinieblas, si los dolores de María Santísima, si la humildad y mansedumbre del Salvador; ó si últimamente aquella su rendida y extremada obediencia, que le reduxo á sufrir voluntariamente la afrentosa muerte de una cruz entre las atroces injurias y tormentos? Objetos todos ciertamente dignos de una lamentable confusion, de una consternacion profunda, de un dolor y sentimiento universal, á que nos estimula toda esta máquina del mundo, y aun las cosas insensibles, celestes y sublunares. Dígalo el sol, la luna, las estrellas, las piedras, los sepul-

ros, los altares: todo se altera, todo se trastorna, y da las muestras mas claras de dolor.

Pero ¡ó mi Dios y Redentor! que el mármol mas duro se ablanda á el suave impulso de repetidas gotas de agua, el fierro mas fuerte cede al calor del fuego, el diamante mas firme se suaviza, y permite que el artífice grave en él sus labores, la bestia mas fiera se domestica y reconoce el beneficio. Solo el corazon del hombre, mas duro en esta parte que el mármol, que el fierro, que el diamante, y mas desconocido que los mismos irracionales, no se ablanda con las copiosas lágrimas que sobre él derrama su Redentor, ni se enternece con el fuego de su inmenso amor, ni pierde su dureza con la abundante copia de sangre del Cordero de Dios, ni quiere reconocer un tan inefable beneficio. ¿Pero qué mucho? si debia conocer el buey á su dueño y poseedor en el tiempo mismo que Israél

desconociése á su Dios, segun el oráculo de un Profeta. Asombraos, cielos, á presencia de un tal prodigio de insensibilidad.

Esta ingratitud inaudita del corazón humano es aquel amargo cáliz que tanto afligió á Jesu Christo en la noche de su Pasion. Una tan increíble dureza es la que pretende la Iglesia nuestra Madre ablandar, con estas adorables ceremonias, cubriendo de anatemas á los que nó se aflijan y llenen de compuncion por sus pecados, á presencia de la muerte ignominiosa que sufre el Santo de los santos, víctima de nuestra expiacion. Para impedir pues nuestra eterna ruina y confusion en el dia de la ira nos presenta la Iglesia en esta hora á su augusto Esposo sacrificado por nosotros en el ara sacrosanta de la Cruz, queriéndonos excitar por este medio á un vehemente dolor de haberle ofendido, y á un propósito firmísimo de nunca mas ofenderle.

Conformándose pues con los piadosos sentimientos de esta augusta Madre, os anuncio á vuestro Salvador en esta hora con las mismas palabras con que Pilatos lo presentó á los Judios, cubierto todo de sangre de resultas de una cruel flagelacion, y con la mira de moverles á compasion. *Ved ahí al Hombre*, les dice: como si dixera: hé aqui al Varon de dolores: hé aqui al Justo de los justos: hé aqui al Cordero de Dios que quita los pecados del mundo: hé aqui el modelo perfecto de la verdadera santidad, y el mas bello retrato de todas las virtudes: hé aqui al Hombre Dios, la bondad por naturaleza, y la mas viva censura de todos los vicios, sacrificado en esta hora al poder de las tinieblas, y á la justicia de su Eterno Padre.

Á vista de tan lamentable espectáculo sería inútil detenerme en digresiones morales, pues cuando todas las cosas condenan el pecado, ¿qué

otra censura es necesaria? Bastará para contener el pecador, para ablandar su dureza y llenarle de compuncion, presentar á los ojos de su fe á este Hombre Dios, abismo de dolores, ignominias y afrentas. Vuestra Cruz, ¡ó adorable Salvador! debe instruirnos mas que todos los discursos humanos.

¡Ó vara excelsa de Moysés! ¡ó báculo del mejor Jacob! por vos nos reciba el que por vos nos redimió. Merezcamos por vuestro medio, ¡ó instrumento adorable! pasar seguros el peligroso Jordan de este valle de lágrimas, y alcance yo hablar dignamente de la Pasion y Muerte de Jesu Christo vuestro Hacedor. Mas antes de comenzarla, recibid, ¡ó leño excelso! el homenaje debido con que la Iglesia os saluda: *¡O Crux! ave spes unica, hoc Passionis tempore, piis adauge gratiam, reisque dele crimina.*

*Passio Domini nostri Jesu Christi secundum quatuor Evangelistas.*

Despues que el mas hermoso entre los hijos de los hombres conversó con ellos los treinta y tres años de su vida mortal, dándoles saludables documentos, sanando cojos y tullidos, curando ciegos, y poniendo los primeros y eternos cimientos de su Iglesia, sabiendo que se acercaba la hora de engolfarse en el alto mar de su Pasion y Muerte, para volver triunfante á su Padre Eterno, que le habia enviado, despues de haber celebrado con sus discípulos la augusta cena de su Cuerpo y Sangre, despues de haberse humillado hasta lavarles los pies con indecible ternura, recomendándoles la caridad, union y amor recíproco, salió fuera del cenáculo á dar principio á sus penas, y á consumir nuestra eterna redencion.

Salió pues acompañado de sus amados discípulos, prendas de su cora-

zon, encaminándose ácia el monte de las Olivas, poco distante de la pérfida Jerusalem, desde donde pasó al huerto de Getsemaní Entró en aquel valle opáco, donde las sombras de los árboles, el miedo de los Apóstoles, la congoja del Salvador, todo producía desmayo, todo asombro, mas terrible que la muerte misma.

Dexó á ocho de sus discípulos fuera del Huerto, intimándoles que velen, para no caer en la tentacion. Llevó consigo únicamente á Pedro, Juan y Diego, para que fuesen testigos de su tristeza y agonía, los mismos que en el Tabor habian participado de su resplandor y de su gloria. Apartóse tambien de ellos como un tiro de piedra, ordenándoles que velen para hacerle compañía.

Pero ¡ó mi amable Redentor! qué poco pueden acompañaros unos hombres que han de quedarse profundamente dormidos al punto que los dexeis solos. Hincó el Salvador con hu-

mildad sus sagradas rodillas en la tierra, maldita hasta alli por la culpa de nuestros primeros padres, en que incurrimos todos. Inclínose, postróse con suma reverencia, y con instancia, nacida de la mortal congoja que le causa la consideracion de la afrentosa muerte; y asi postrado oró al Padre Celestial con estas tiernísimas palabras: *¡Padre mio! si es posible, pase de mí este cáliz; pero si no puede ser que yo dexé de beberlo, bágame tu voluntad, y no la mia.* ¡Ó humilde y fervorosa oracion! quien ruega, señores, es el Unigénito de Dios, esplendor de su esencia, figura de su substancia, viva imágen de su divinidad, en todo igual y consubstancial al Padre, y único Dios con el Padre y el Espíritu Santo, en unidad de Esencia, y Trinidad de Personas. Por tres veces le ruega con las mismas palabras.

¡Qué es esto, dulcísimo Jesus mio!  
¿ Vos orando con tan grande instancia,

y nadie del cielo ó de la tierra acude á vuestros clamores? Vuestra Madre purísima está ausente; vuestros discípulos en un profundo sueño; temerosos vuestros amigos; los ángeles estan suspensos; el Eterno Padre parece que no os oye; y vuestro pecho anegado en un mar de aflicciones y congojas.

Creció en estas circunstancias sin límites la agonía, siendo inexplicable la batalla de los afectos, y muy duro el combate del espíritu fuerte contra la carne flaca; porque el sagrado aliento del espíritu, junto con el deseo eficaz de obrar la salud del hombre, producen en su corazón esfuerzo, amor y aun gozo; por otra parte el natural conato de la humanidad por evitar la muerte y las injurias, le causan temor, congoja y susto; y batallando de poder á poder el temor con el esfuerzo, el amor con la congoja, la tristeza con el gozo, creció tanto la agonía, que abriéndose los poros de aquel Cuerpo sacró-

santo, empezó á brotar por ellos la sangre en abundancia hasta la tierra. ¡O sangre preciosísima, que cargando sobre ti toda la pena á que yo era acreedor por mis delitos, me dexaste la dulce esperanza de que me serán perdonados por tu inefable virtud! ¡O precio inestimable de nuestra redencion! ¿cuándo serás bastante-mente reconocido de los mortales? ¡Ah! señores, ¿es este por ventura algun gigante, que gime baxo las aguas, segun la expresion de Job? Es un Dios omnipotente, que fluctúa, para decirlo así, en su propia sangre, que sale de sus venas por un exceso del dolor que le causan nuestras culpas.

Estando nuestro amable Redentor en este duro conflicto, descendió á confortarlo un ángel de las alturas. ¡Ah! ¿quién hubiera oido las tiernas y enérgicas palabras de esta embajada! Levantaos de la tierra, pudo decirle, gloria del cielo, alegría de los ángeles, gozo de los espíritus

bienaventurados, espejo de vuestra Madre purísima, esplendor del Padre Eterno, enxugad las lágrimas, el sudor y la sangre de ese divino rostro, en que desean mirarse las supremas inteligencias: salid, salid ya como capitán esforzado á conquistar la gloria de Redentor, á triunfar victoriosamente de vuestros enemigos, á arrojar del mundo al príncipe de las tinieblas, á postrar y encadenar las potestades aéreas é infernales, y á recibir el pérfido escuadrón de ministros, escribas y fariseos que se acercan.

Llegaron estos al Huerto guiados por el traidor discípulo, que por un precio vil había vendido á su Maestro. Venían con varas, lanternas y armas para executar la prision. ¿Qué os parece haría el Salvador en estas circunstancias? ¿Huiría? ¿Se haría invisible á esta sacrílega cohorte? ¿Saldría por medio de sus enemigos sin ser conocido, como cuando quisie-

ron apedrearle en el templo, ó despearle desde el monte? Nada menos; porque era venido el tiempo de que se cumpliesen las escrituras, y de que el Hijo del hombre fuese entregado al poder de las tinieblas, y á la justicia de su Eterno Padre. Debía pues, según los Profetas, caminar al suplicio con la mansedumbre de un cordero que va á ser sacrificado. Así, considerando que á la frente del libro de los decretos de Dios le está ordenado cumplir su voluntad, la acepta voluntariamente, y abraza con todo su corazón. Con rostro pues sereno, con paso sosegado, con semblante apacible, sale al encuentro de los que le buscaban, y con ayre de magestad les dice: *¿A quien buscáis?* Ellos responden, que: *A Jesús Nazareno. Yo soy,* repone Jesu Christo, y esta sola voz fué un horrible trueno que arrojó en un momento por tierra á Judas con toda su comitiva, con las armas, luces y demas aparatos que traían para la prision.

¡Ó voz fuerte! exclama aquí un contemplativo; ¡voz penetrante! ¡voz formidable! ¡voz que conmueve los desiertos! ¿Quién podrá, Señor, resistir vuestra voz de Juez enojado, cuando la de prisionero, y que va á ser crucificado por amor, destronca tan poderosamente los erguidos cedros del Líbano?

Permitióles el Salvador que se levantasen, dexólos recobrar del susto, y vuelve á preguntarles que á quién buscan. Ellos, repiten, que á Jesus Nazareno. *Ta os he dicho que yo soy*, repone Jesu Christo, y en atencion á que estais obstinados á poner en execucion vuestro mal intento, mirad que os mando no toqueis ni ofendais á ninguno de los míos: como si fuera un ladrón habeis salido á prenderme con varas y con espadas. *Aunque todos los dias he estado con vosotros en el templo, no habeis querido prenderme; mas esta es vuestra hora, y la del poder de las tinieblas.*

Á esta sazón se acercó el malvado discípulo Judas, y dando al Salvador un ósculo de paz fingida, le dice: *Dios te guarde, Maestro*; señal que habia dado á los ministros para que le conocieran y prendieran. ¡O mi dulce y amabilísimo Jesus! ¡Qué diferente ósculo es este de los que recibisteis de vuestra Madre purísima: de los que os dió en el templo el santo anciano Simeon; de los que fixó en vuestros sacratísimos pies la Magdalena! Aquellos en efecto fueron hijos de amor, de reverencia y de dolor penitente; pero el de Judas fué un ósculo de traicion y de perfidia, como el de muchos christianos que se acercan á vuestra sagrada Mesa estando en mala conciencia.

Si hubiésemos de juzgar conforme á las ideas de la carne y de la sangre, nos pareceria conveniente que el Salvador hubiera exterminado á Judas con un soplo de su divino aliento. Asi lo executariamos nosotros con



nuestros enemigos, si en los transportes de nuestra ira nos confiriese el Señor por un momento su omnipotencia. Mas no son lecciones de venganza, sino instrucciones de caridad, de sufrimiento y mansedumbre las que vino Jesus á dar al mundo. Díganlo las humildes palabras con que en el mismo acto de la injuria recibida se explica: *Amigo, ¿á qué has venido? dice á este monstruo de ingratitude. ¿Entregas con un ósculo de paz al Hijo del Hombre?* Dicho esto, acometieron al Salvador los ministros.

San Pedro á la sazón llevado de un imprudente zelo, sacó la espada, y cortó la oreja derecha á Malco, criado del sumo Pontífice. Mas tocando el Señor la herida, la sanó perfectamente, y volviéndose á Pedro, le reprendió aquella acción sanguinaria, diciendo: *Vete detrás, Satanás; ¿qué no quieres que yo beba el cáliz de la Pasión que me ha ordenado mi Padre Celestial?*

Dicho esto, se entregó voluntariamente en manos de aquel pueblo deicida, y ellos se apoderaron al instante de la inocente presa, que con tan vivas ansias habían hasta allí perseguido. Los discípulos desampararon luego á su Maestro, para que se cumpliese aquel oráculo: *Heriré al Pastor, y se dispersarán las ovejas del rebaño.* Ligáronlo fuertemente, porque Judas les había dicho, que lo llevaran con cautela. Romped, ¡ó Sansón divino! esas fuertes ligaduras. Mas ¡ah! que son nuestros yerros los vínculos que le oprimen y aprisionan. Debe pues con arreglo á las escrituras caminar al suplicio como un cordero sin voz, que va á ser sacrificado por el hombre.

Lleváronle á casa de Anás primeramente, porque siendo suegro de Cayfás, Pontífice de aquel año, no le quisieron privar de esta iniqua complacencia. De aquí condujeron la inocente víctima á casa de Cayfás, don-

de estaba congregado el pérfido concilio de fariseos, escribas y sacerdotes. S. Pedro, que seguía á lo lejos al Salvador, entró tambien en el átrio del Pontífice; y aqui fué donde este Apóstol, que acababa de defender á su Maestro con la espada en la mano, y que poco antes se habia lisonjeado morir por él en caso necesario, no dudó negarlo abiertamente á la voz de una criada; y añadiendo, como dice un sabio, á la pregunta una mentira, á la mentira un juramento, al juramento un sacrilegio, de cabeza del Apostolado, quedó convertido en principal apóstata.

¡O Dios y Redentor mio! ¡cuál sería vuestra pena al ver que Pedro, destinado por vos para xefe de vuestra Iglesia; Pedro, el primero de sus pastores, para el cual habeis elevado un trono superior á todos los del mundo; Pedro, testigo de vuestros mas grandes milagros, que ha oido sobre el Jordan la voz del Padre

Celestial declarándoos su Hijo muy amado; Pedro, que sobre el Tabor ha participado de los resplandores de vuestra gloria; Pedro, el mas zeloso de vuestros Apóstoles, y que os habia confesado Hijo de Dios vivo, cuál sería, repito, vuestra pena al ver que os niega con exécrable perjurio!

Volvió el Señor su rostro ácia Pedro, y esta sola mirada con que habia sanado en otro tiempo á las Hemorroisias y Cananeas, y convertido á las Samaritanas, infundió tanto dolor en el corazon de este Apóstol, que saliendo fuera del átrio, y llorando amargamente su pecado, fué admitido bien presto á la gracia de su Salvador. Comunicadnos, Padre amoroso, un vivo dolor de haberos ofendido, para ser restituídos á vuestra amistad.

Preguntó Cayfás á Jesu Christo por sus discípulos y doctrina, y el Señor respondió con mansedumbre: *To he hablado claramente al mundo:*

*he predicado siempre en la Synagoga y en el Templo, donde concurren todos los Judios. ¿A qué fin pues me preguntas? Infórmate de los que me han oído, que ellos saben lo que he dicho.*

Al oír estas palabras tan moderadas, uno de los siervos del sumo Sacerdote dió una cruel bofetada en el rostro á Jesu Christo; en aquel rostro que tantos Reyes quisieron ver, y no pudieron; en aquel rostro en que desean mirarse los ángeles; en aquel amabilísimo rostro que servía de espejo á su Madre purísima, y de tierna complacencia á su Padre Celestial.

¿Cómo no te abres, ¡ó tierra! y sepultas vivo á este malhechor, mucho mas criminal que los Datanes y Abirones? ¡O santos ángeles! ¿No sois vosotros los ministros de las venganzas del Señor? ¿Dónde está aquella espada que sacrificó en una noche todos los primogénitos de Egipto? ¿Dónde la que defendía la en-

trada en el paraíso? ¿Dónde la que destruyó el ejército de los Asyrios? ¿Dónde la que detuvo á Balaam en su marcha? ¿y dónde entre vosotros los que castigaron el sacrilegio de Eliodoro? ¿No hay, ¡ó mi Dios! fuego en el cielo que devore á este sacrilego como á los perseguidores del santo Profeta Elias? ¿No hay en fin osos en el desierto que lo despedacen, como á los jóvenes que se burlaron de vuestro siervo Eliseo?

Mas no olvidemos, señores, que este Dios humanado es Dios de humanidad, Dios de paciencia, Dios de paz; no olvidemos, que es venida su hora, y que ha dado permiso para que sea maltratada su adorable humanidad; no olvidemos, que ha venido á confundir con su exemplo nuestro espíritu de venganza. Díganlo las humildes palabras con que él mismo á la sazón se explica: *Si he hablado mal, le dice, da testimonio de ello, y si bien, ¿por qué me hieres?* ¡O ado-

rable mansedumbre de nuestro Salvador!

Convocaron los Judios muchos falsos testigos que depusiesen contra Jesu Christo, y hallándolos Cayfás discordes, se levantó en medio del concilio, y dixo al Salvador: *To te conjuro por Dios vivo, que nos digas, si eres el Christo, Hijo de Dios bendito.* Veneró Jesu Christo el nombre de su Eterno Padre, y respondió con todo acatamiento: *Tú lo has dicho: yo soy ese mismo, y antes de mucho vereis, al Hijo del hombre sentado á la diestra de la virtud de Dios venir sobre las nubes del cielo.*

Al oír estas palabras de verdad eterna, el Príncipe de los sacerdotes, en vez de postrarse, y adorar humildemente á su Dios y Salvador, rasgando sus vestiduras dixo: *Blasfemó: ¿no habeis oido la blasfemia? ¿Para qué son los testigos? ¿Qué os parece hagamos?* Todos fueron de acuerdo, que era reo de muerte: ¿Qué

no se siguieron de oprobrios á este iniquo dictámen? Diéronle de bofetadas, escupiéronle en el rostro, cubriéronle éste con un lienzo, heríanle los malvados ministros, y haciéndole son las palmas de las manos, le decian: *Aciértanos, Christo, ¿quién es el que te ha herido?* ¡O admirable paciencia de nuestro Salvador! ¡O sufrimiento incomparable! ¿Son estas, Señor, las delicias que gozais entre los hijos de los hombres? ¡O Madre purísima! venid, venid en socorro de vuestro Hijo, á quien tratan con tanta inhumanidad los sacerdotes. Ministros de Dios Altísimo, exáminemos nuestro interior sin indulgencia, para conocer cómo tratamos nosotros sobre las aras á Jesu Christo.

Disolvióse el iniquo concilio de seniores, escribas y fariseos, y mientras ellos se retiraron á buscar el descanso, dexaron al Salvador del mundo entregado á la gente mas vil de la república, que se divirtieron lle-